

# La importancia de Ambroise Vollard\*

JUAN MANUEL BONET

Dentro de la leyenda del arte moderno, pocos *marchands* ocupan un lugar comparable al de Ambroise Vollard (La Réunion, 1867 - París 1939). Vollard, con su fama de dormido y sus maneras de oso, con sus “Ditesmoi...”, con sus manías y sus caprichos, con sus tácticas de venta y su apuesta por el almacenamiento y la larga duración, logró la proeza de abarcar la casi totalidad del abanico del entre-dos-siglos, de Degas a Picasso, pasando por Cézanne y Matisse. Su preocupación por componer su autorretrato en sendos libros: *Souvenirs d'un marchand de tableaux* (1937) y *En écoutant Cézanne, Degas, Renoir* (1938), su interés por la literatura moderna, su pasión por Jarry, su amor por la estampa y por los libros, su fe en Cézanne, su dilatada relación con Picasso, son rasgos que singularizan la acción de Vollard, y que garantizan la perennidad de su nombre, indisolublemente asociado a algunas de las empresas centrales de la modernidad.

## VOLLARD, “MARCHAND”

La historia de los *marchands* constituye un capítulo clave de la historia del arte moderno. Leyendo sus vidas, escritas por ellos mismos, o por sus estudiosos, aprendemos mucho sobre la trama cultural de la época, y en

\*Fragmento del trabajo de J.M. Bonet en el catálogo español de la Suite Vollard.

ocasiones sobre las propias obras que supieron detectar, defender, colocar en órbita. Al igual que sucedería luego con Kahnweiler, con Peggy Guggenheim y con algunos astros menores, Vollard se ha encargado de contarnos él mismo cómo fue, día a día, su batalla por el arte moderno.

Por la tienda de Vollard, que abrió sus puertas en el 39 de la Rue Laffitte, en 1893 -más tarde se trasladaría al número 41, para establecerse en el 6-, pasaron todos los grandes coleccionistas de arte moderno del entre-dos-siglos: el conde Kessler, Denys Cochin, John Quinn, el doctor Barnes, Morozov y Shchukin, los hermanos Stein... Aquél fue un lugar frecuentado también por el resto de los *marchands* o aprendices de *marchands*, por ejemplo, por Kahnweiler, que iba a convertirse en el gran galerista y estudioso del cubismo, o por Paul Cassirer, que jugó un papel decisivo en Alemania, o por Marius de Zayas y Alfred Stieglitz, que iban a introducir el arte moderno en los Estados Unidos. Por último, fue un lugar clave para la formación del gusto de los propios artistas, y pienso especialmente en Matisse y en Picasso, que ahí tuvieron la oportunidad de contemplar en directo cuadros de Cézanne.

Manet, Degas, Renoir, Cézanne, Odilon Redon, Bonnard y los *nabis* -a los que dedicó, en 1897 y 1898, sendas exposiciones-, Van Gogh -cuyas cartas a Emile Bernard editó en 1911-, Gauguin, Matisse, Derain, Vlaminck, Van Dongen, Manguin, Rouault, Picasso... Estos son algunos de los artistas cuyas obras atesoró Vollard. Hoy la lista, a toro pasado, parece obvia, hasta tal punto coincide con el mapa de los albores del arte moderno, o con el catálogo del MOMA y de los demás museos de sus características. Pero, naturalmente, de obvia, nada. Ninguna otra mano, en aquel París en el que no faltaban las vocaciones artísticas, juntó las cosas que juntó Vollard. Resulta verdaderamente emocionante caer en la cuenta de que fue Rue Laffitte, en la tienda de Vollard, donde empezaron las tres trayectorias expositivas que más determinantes iban a ser para el destino artístico del siglo XX. Efectivamente, él fue quien mostró por vez primera, en solitario, a Cézanne -en 1895-, a Matisse -en 1904- y a Picasso -en 1901-, aunque en este último caso hay que precisar que el malagueño compartía sala con Iturrino, de quien, por cierto, Vollard no dice nada en parte alguna de sus Memorias, como nada dice de Nonell.



• Retrato de Vollard, IV. *Cobre, aguafuerte, 344 x 245 mm.*